

APUNTES CRÍTICOS Y PROPOSITIVOS SOBRE CAMBIO Y GESTIÓN CULTURAL EN ESPAÑA

Remedios Zafra. Universidad de Sevilla

www.remudioszafra.net

No es conveniente, es necesario promover acciones y debates para hacer reflexivo lo heredado, para facilitar la discusión y el trabajo público y privado sobre la cultura, el futuro y la transformación de los sectores, las políticas, instituciones, educación y gestión culturales. Y digo “lo heredado”, porque a menudo los epígrafes sobre los que construimos nuestro mundo y sus políticas se asumen sin más como parte de una tradición o de una organización departamental, y creo que la potencia transformadora de la cultura radica en la pulsión entre lo que se hereda y lo que somos capaces de cambiar y construir, de forma que este gesto que hoy nos reúne, especular sobre un pacto por la cultura, pondría el acento en algo importante: nuestro papel y responsabilidad como agentes activos en la reflexión y gestión en relación a esto que llamamos “cultura”.

Como primera cuestión quisiera compartir mi posición en este discurso. En ese sentido, no hablaré desde un posicionamiento limpio de quien sólo escribe, o sólo enseña, o sólo produce proyectos, sino desde los límites de quien habita en ese lugar líquido que da la experimentación creativa y la reflexión sobre la cultura. Esa indefinición habla además de un territorio cada vez más habitual y definitorio de las prácticas culturales contemporáneas, donde los agentes no se presentan, como antes, predefinidos por un rol, sino que hoy nuestros perfiles son más versátiles y polivalentes. Hoy, de muchas maneras, la cultura-red nos permite hacer confluír esferas de pensamiento, producción, distribución y gestión, antes separadas.

Pienso que el territorio de las políticas culturales, que está cambiando (o que queremos cambiar) nos exige advertir estas ambigüedades y tolerarlas también como parte de un discurso que quiere cuestionar y mejorar un sistema. Mi visión por tanto pretende ser crítica y propositiva desde los márgenes transdisciplinares y teórico-prácticos que da el pensamiento y la creatividad en una sociedad conectada; allí donde la contradicción y la indefinición no debieran ser desplazadas sino bienvenidas para ayudarnos a un mejor pensar.

Nos preguntan, ¿qué nos sirve y que debiéramos seriamente discutir?

Creo que nos sirve sobre todo, el hecho de estar haciendo reflexivas las condiciones y contextos de gestión cultural, considerarlos algo dinámico y sujeto a los cambios y complejidades de la época que habitamos. Facilitar la discusión y el trabajo público sobre las políticas culturales y sobre su futuro (en lo relativo a derechos y participación) habla de un posicionamiento necesario que debiéramos mantener e implementar.

Considero que nos vale todo ejercicio de conciencia y disfrute respecto a los logros ya iniciados en la protección y defensa de **las culturas y la diversidad**, de la increíble valía y potencia artística y cultural de este país, en la implicación de la ciudadanía en la creación y emancipación derivadas de esa fundamental característica e invento humano que llamamos “CULTURA”. Por ella entiendo aquí no sólo un plural de márgenes cambiantes en sociedades y épocas, sino el ejercicio de mantenimiento, comprensión, transformación y creación colectiva de universos simbólicos en ámbitos que atañen a las

formas de construir la vida de las personas. Es decir, que afecta a la colectividad y a lo compartido, a la diversidad, a las herencias identitarias y a la capacidad transformadora y creadora de presente.

El interés por la cultura como ente a ser gestionado, conservado, agitado y promovido ha obligado a idear políticas culturales que por mucho tiempo han supuesto dar visibilidad y valor a parte de esos universos simbólicos, es decir, que han permitido **seleccionar, registrar y difundir** determinadas formas de cultura. Y es aquí donde quiero hacer un primer apunte crítico, al archivo implícito en la idea de “registro”, que históricamente ha invisibilizado y excluido determinadas prácticas y formas culturales, determinados sujetos y relatos culturales iluminados o ensombrecidos bajo una jerarquía silenciosa que ha contribuido a asentar estamentos del “saber” desde la exclusión. Hoy somos especialmente conscientes de estas ausencias y orientamos parte de los esfuerzos de estudio y gestión cultural a la **inclusión**; por un lado para visibilizar y contar historias no contadas desde la mirada del poder que ha sido la mirada del archivo; y por otro para implicar en la construcción simbólica colectiva a toda la ciudadanía.

Porque no hay que olvidar que la cultura es ante todo una palabra y un invento (también ella es un invento cultural), cargado de significado por quienes han tenido poder y legitimidad para nombrar y significar. Por ello la cuestión, como sugería Lewis Carroll, no es si una palabra significa o no algo, sino identificar quién tiene el “poder” para que las palabras signifiquen determinadas cosas. Creo que hoy es importante hacer reflexivo ese poder que permite definir y regular lo que entendemos por cultura (y así reforzar su carácter facticio y convenido), ese poder que permite materializar el esfuerzo y trabajo cultural para registrar y promover determinadas historias y experiencias de vida, y que por fin descubre la importancia de visibilizar historias “otras”, de la diferencia, o cuyos registros no son meramente la imagen o la palabra.

De otro lado, pensar el cultura en la actualidad nos exige superar la noción que enfatiza exclusivamente una mirada al pasado y a una herencia comunitaria, para observar también la potencia del presente como motor de cultura y como propulsor de nuevos relatos y herramientas culturales. Y en este punto creo que debiera ser seriamente discutido **lo que convierte esta época en una cultura singularmente diferente y cómo esto obliga a pensarnos de manera distinta**. En este sentido, pienso que una de las complejidades más específicas de la época que reclama ser tenida en cuenta en esta discusión, es el hecho de habitar en una sociedad irreversiblemente conectada, la conformación de una **CULTURA-RED**.

Hoy los consumidores de símbolos cambian su estatuto y son resignificados en las redes pudiendo transformar, apropiarse e intervenir lo que reciben, su valor simbólico, haciéndolo circular de nuevo. En este sentido, considero que Internet está cambiando los paradigmas de producción, recepción y distribución de conocimiento y cultura, subvirtiendo las clásicas dicotomías sobre las que hemos construido estructura de conocimiento y escenarios de vida; y estos elementos debieran tenerse muy en cuenta. Me refiero especialmente a **la erosión que la red está promoviendo entre: prácticas de producción y consumo, esfera pública y privada, afición y empleo, cultura institucional y cultura amateur**. Formas que hablan de nuevas economías más apoyadas en la visibilidad y en la gestión del valor y prestigio que diluyen fronteras entre trabajo y empleo; que hablan también de *prosumo*, o de otras formas de participación colectiva, o que, en todo caso, obligan a repensar la clásica estructura de

agentes y escenarios en la producción, consumo y distribución cultural, antes separadas y jerarquizadas.

Todo esto está cambiando y las alternativas fascinan tanto como inquietan, en tanto apuntan a nuevas posibles formas de opresión y capitalización del trabajo colectivo y del trabajo remunerado. En este sentido, la época nos interpela sobre nociones y estructuras en el “valor” dado a los trabajos, a los tiempos y formas de mediación cultural, hoy mutando en la red, exigiéndonos pensar desacomplejadamente sobre la cultura como derecho y bien “esencial”, pero también sobre las nuevas relaciones que se establecen entre economía, política y cultura. La música y los libros han sido los primeros en enseñarnos que las cosas han cambiado, pero Internet nos sitúa (y nos situará) en un escenario que exige nuevos modos de comprensión y enfrentamiento a las prácticas culturales.

¿Cuánto de individual tienen los derechos culturales?, ¿cuánto de colectivo tiene la participación?

Tanto los derechos culturales como la participación ciudadana comparten el carácter individual y colectivo propio de la cultura. Son derecho individual y exigencia colectiva. La cultura no está restringida a unos pocos, ni tampoco sus derechos, ni la participación en su gestión y transformación. La cultura habla de formas de identidad que nos pertenecen como sujetos y que nos obligan en lo colectivo.

Antes, la gestión estaba limitada por un poder jerarquizado, pero hoy la participación en la ideación, debate y gestión de las políticas culturales es instrumentalmente viable mediante la participación activa en los nuevos dispositivos de implicación ciudadana que propicia la red.

Los derechos individuales y la responsabilidad de gestión pública no ha sido lo habitual en la historia y hoy advertimos innumerables formas de (in)visibilización que han caracterizado el registro y archivo sesgado de formas culturales en perjuicio de otras. En las últimas décadas hemos sido especialmente conscientes de estas ausencias, pero aún falta orientar parte de los esfuerzos públicos a la inclusión; por un lado para visibilizar y contar historias no contadas, y por otro para valorar la construcción simbólica colectiva y el acceso y disfrute de todas y todos a la cultura.

La cultura, como les decía, es además una palabra y un invento “cultural” no estático, cargado de significado por quienes han tenido poder para “nombrar”. Claro que los conceptos que se han manejado hasta hace poco en las políticas culturales no siempre han partido de preguntarnos meditada y colectivamente sobre el valor y la responsabilidad de las políticas culturales. Mi impresión es que las condiciones han cambiado de manera importante en las dos últimas décadas de socialización de Internet, pero también ha faltado interlocución entre pensadores de la cultura, creadores y gestores. Creo que las políticas culturales han estado condicionadas por ideas preconcebidas y *hándicaps* como los capítulos institucionales de un organigrama de poder (ministerios, concejalías, instituciones, museos, áreas de conocimiento que hablan de libro, pintura, audiovisual...), estructuras a veces encorsetadas e insuficientes para dar cabida a las transformaciones vigentes, es decir, limitaciones que hablan de un desajuste entre lo que las instituciones promueven justificando su propia estructura organizativa (con frecuencia primando ese **cajón de sastre del ocio y del entretenimiento**, o a lo más de “archivo de pasado”) frente a lo que la sociedad genera y requiere.

¿Qué lastres identificamos en el sistema?

De las dificultades que encontramos para la transformación del vigente sistema que engloba a los distintos sectores de la cultura, quisiera detenerme en uno que me parece crucial y en el que quisiera profundizar desde la perspectiva que me resulta más cercana, me refiero a la educación, y más concretamente a lo que puede la **Educación Artística**.

Una primera cuestión cabría exigir de una vez que este país fuera capaz de acordar un pacto de Estado por la educación, donde podamos argumentar y comunicar la necesaria inclusión del arte y el pensamiento humanístico en la escuela, desmontando los argumentos simplistas que consideran los contextos educativos como meras fábricas de trabajadores/profesionales y que pasan por alto la importante responsabilidad educativa en la formación de ciudadanía, de sujetos libres, habitantes/creadores de cultura, con conciencia crítica y capaces de tomar decisiones por sí mismos. Es decir, la necesaria elección de sistemas educativos que favorezcan las formas creativas frente a las formas de domesticación, desenredando usos tendenciosos de argumentos que se basan y apropian de la “productividad” como si fuera patrimonio de un sistema neoliberal. Creo con convicción que no hay mayor fuerza productiva que la de alguien libre, creativo y socialmente comprometido que piensa por sí mismo.

Claro está que observando las maneras de trabajar, especialmente en arte y en educación en este país, se hace imprescindible un ejercicio de **fuerte autocrítica**, puesto que la potencia de la educación artística de la que hablo (y que propongo) no es ni mucho menos la que hoy se prodiga en el contexto educativo (reducida al “saber hacer” o al “saber copiar” que sigue identificando el modelo vigente). Quiero decir que no tiene que ver con esa visión trasnochada que la sociedad sigue teniendo al identificar educación artística con “manualidades”, o con la restricción de lo artístico a la historia del arte (y en ella a una selección sesgada de escritores y artistas visuales), a la reducción de lo creativo a la plástica o la música, sustentadas principalmente en la copia; ni tampoco tendría que ver con el despojar de alma las prácticas artísticas como a menudo hemos visto (y sufrido) en las escuelas y facultades. Creo que este sistema está enfermo y arrastra importantes lastres de fuentes diversas (legislaciones partidistas, planes de estudio que priman visiones conservadoras, resistencia al cambio, carencias en la formación de profesores, fuerte endogamia, falta de motivación...); razones que siguen animando al desprestigio y devaluación de la educación artística y de la educación en general.

Mi experiencia en la enseñanza de las artes como estudiante y docente en distintos niveles educativos ha convertido en familiar la consideración denostada que la educación artística tiene en los primeros niveles de formación. Su consideración peyorativa y reiterada como “maría” junto a aquellas otras que no importaban lo suficiente; su infravaloración al ser relacionada con un tiempo distendido, apoyado habitualmente en la copia o en la improvisación pero vacío de pensamiento, nunca relevante en las calificaciones, no vinculado con valores ni con profesiones de prestigio y equiparado en muchas ocasiones a las manualidades. Creo que todo ello ha ayudado a asentar dicha asociación. La cosa no mejora cuando advertimos que, en gran medida, en los niveles medios siguen promoviendo visiones dicotómicas de la práctica artística, reduciéndola exclusivamente a la vieja “expresión plástica”, basadas en el “saber hacer” y orientadas al dibujo técnico (cuando los docentes son arquitectos) y al dibujo artístico (cuando son licenciados en Bellas Artes), como si el mundo de hoy fuera el mundo del

siglo XX. La situación no mejora si advertimos que los conocimientos tecnológicos están desacoplados respecto a los de los estudiantes (habitantes de la red). Pero también los conocimientos teóricos que acompañan esta formación se limitan a enfoques meramente historicistas del arte que no siempre se enfrentan al presente. Es decir prima un pensamiento sobre lo artístico vinculado a lo archivado, a la historia, a algo pasado, objetualizado y estatizado, no a la “experimentación y reflexión creativa” sobre los mundos de vida.

Tampoco ayudan los niveles de educación superior que paralelamente a los ciclos formativos orientan hacia profesiones (que existen o existieron, pero casi nunca a las que podrán existir). En ellos, pongamos un ejemplo: las Facultades de Bellas Artes de este país, se posicionan sin apenas voluntad transformadora y sin la promoción de algún otro tipo de espacio de formación no limitado a las artes plásticas y visuales. Me pregunto, ¿dónde los centros universitarios para las artes escénicas, el cine, la música, la cocina, la moda, la literatura, el videojuego, la tecnología, el arte y la ciencia, o para la creación sin corsés disciplinares, dónde... para la creación de futuro, o de presente... para lo que aún no tiene “palabra”?

Cabe pensar que la resistencia de este enfoque en muchas de estas facultades (habitando formas y modos de otros siglos) se fundamente curiosamente en lo que pudo ser un pasado brillante en el arte (e incluso vanguardista, entonces); y que, paradojas de esta potencia, ese viejo poder simbólico siga subyugando e imponiéndose como lo que “siglos más tarde” sigue ofreciéndose en la enseñanza del arte. Sinceramente me parece triste como ejemplo de formas del saber que no han sabido evolucionar ni dejarse convivir por la necesidad de habitar la dificultad de la época que vivimos. Así, la educación superior para la producción artística en nuestro país se me hace personalmente obsoleta e insuficiente, carente del propósito que le presuponemos a un contexto universitario. Me refiero a la necesidad de “dotar de sentido” su práctica de conocimiento, generando condiciones de posibilidad para la imaginación y la creatividad del mundo. Me parece un fracaso limitarnos a los viejos acotamientos del conocimiento (al que parecieran querer “dócil”), manteniendo, por ejemplo, una estructura epistemológica que habla de “dibujo, pintura y escultura” como los pilares de conocimiento sobre los que se articula aún la organización de las facultades de arte públicas y, en consecuencia, de estas prácticas y saberes. No extraña que, frustrados los estudiantes más críticos (y muchos profesores) busquen otras formas y lugares de formación y trabajo al margen de la institución. Y es que, a mi modo de ver, el desajuste entre lo que nuestras facultades de arte debieran promover y lo que encontramos, es advertido como un lastre para la formación artística y creativa en este ámbito. Y yo me pregunto ¿cómo esta clasificación sigue considerándose hoy pertinente frente a otras posibles más integradoras y flexibles, que puedan hacerse y deshacerse pensando una época irreversiblemente diferente?, ¿por qué no, por ejemplo, hablar de “estudios sobre presente”, “estudios culturales”, “imaginación y creatividad”, “alteridad, relatos y archivos de pasado”, “Narraciones de vida”, “cultura y tecnología”, “aparatos identitarios”, o, simplemente, “creación” sin más acotamiento disciplinar....?

Rápidamente mi reflexión tiende a identificar responsabilidades en las personas que detentan y han detentado el poder en el mantenimiento de estas instituciones y modelos educativos, promoviendo una estructura fuertemente endogámica (casi familiar), y sin compromiso con la sociedad, no pensada para habitar la complejidad de la época, sino pensada en pequeño, para conservar poder y, en consecuencia, para repetir mundo.

Creo que es necesario transformar estas estructuras o agotarlas desde la ideación de nuevos espacios que nos ayuden a construir pensamiento simbólico contemporáneo desde enfoques críticos y creativos, que nos permitan reivindicar y argumentar la necesidad del arte y el pensamiento como parte esencial de la formación de las personas. Porque tal como lo estamos haciendo contribuimos a limitar el increíble poder de la educación artística; su fascinante potencia en la creación de condiciones para la formación de artistas, productores creativos, pero sobre todo, ciudadanos libres y emancipados; estimulando en su lugar, personas dóciles que respondan a las demandas laborales de cada momento y se inscriban en un sistema que les enseña las formas recomendadas de leer y habitar el mundo, sin proporcionales herramientas para crear su propias maneras de construirlo.

El poder de la educación artística para “ver lo que nos rodea de otras maneras posibles” es hoy fundamental, desarrollando para ello estrategias para aprender y desaprender lo que hoy se nos presenta como un increíble ejercicio de colonización de la mirada a través de los medios y el poder que los sustentan. Pero también lo es para que la ciudadanía (sean o no profesionales del arte y la cultura) puedan idear, imaginar y crear en condiciones cambiantes.

La tendencia de los gobiernos actuales al eliminar asignaturas de educación artística y considerar que las humanidades forman parte de un conocimiento “inútil” o no válido para la sociedad contemporánea, no hace sino revelar un modelo que tiende a la profesionalización deshumanizada, despojando de pensamiento y valores la formación, empujándonos a prescindir de los aparatos críticos de decisión y posicionamiento intelectual y ético hacia formas distintas de ver y hacer mundo. Es decir, un sistema que neutraliza el poder de la educación pública como formadora de ciudadanos libres y que, por el contrario, se apoya en estructuras sin tiempos para pensar por sí mismos, para imaginar o crear, y que se limita a adquisición de conocimientos para repetir un sistema y formar parte como engranajes de un mundo concebido desde una analogía que copia sesgadamente lo empresarial, movida por el capital.

Prescindir del arte y la filosofía es para la cultura y para el futuro un cáncer que hemos de atajar. Desde la convicción de que el pensamiento crítico y la creatividad son las herramientas fundamentales para que podamos diferenciar y elegir conscientemente para la creación de nuevos aparatos sociales y culturales mejorados, para la emancipación frente a la domesticación.

Por otro lado, no podemos obviar que la formación contemporánea no acontece exclusivamente en espacios “formales”. Es más, la tendencia marca una progresiva afectación de todo aquello que acontece fuera de los contextos educativos. No solamente por el increíble poder y pregnancia de los medios en la construcción de imaginarios que conforman identidades de manera más normalizada y fluida que la educación, sino porque hoy la red permite el acceso al conocimiento seleccionado llevados por el interés y la motivación. De hecho, no es difícil encontrar a niños de pocos años que tienen importantes conocimientos de programación o animación aprendidos mediante tutoriales de YouTube en su tiempo libre. Es sólo un ejemplo de la transformación de los escenarios de gestación y transferencia del conocimiento que hemos de contemplar.

A mí me resulta especialmente llamativa la potencia de los tiempos propios y las maneras en las que en la actualidad conformamos aficiones e intereses a través de redes y tecnologías. De hecho, estos tiempos y espacios para la afición, el juego y la

experimentación son en los que estamos viendo surgir a los nuevos creadores de cultura de época. Pensemos por ejemplo en los ideólogos de artefactos como: Google, Facebook, Microsoft... Curiosamente, creadores con cosas en común, hombres que siendo muy jóvenes lograron convertir una afición en un trabajo. Y lo hicieron experimentando en espacios no formales como los garajes de sus casas. Claro que no han sido los primeros y que Newton por ej., logró sus mejores descubrimientos en una granja, pero parece que hoy los espacios privados conectados se posicionan como nuevos centros de formación y creación contemporánea. Creo que la potencia de estos espacios (que yo denomino “cuartos propios conectados”) no puede ser desestimada si hablamos del poder de la cultura-red y de su transformación. En ese sentido, tampoco cabría pasar por alto los riesgos que arrastran. Me refiero a los imaginarios que hoy promueven (o no) dicha experimentación en función de tu género y cultura; es decir, las limitaciones que hoy hablarían de sesgos de desigualdad en dichas oportunidades de experimentación creativa y de imaginación de un “querer ser” como proyecto futuro.

¿Qué mecanismos podríamos usar para mejorar los derechos culturales y la participación?

-Otra educación, donde arte y pensamiento tengan lugar. Educación es siempre una de las palabras clave en cualquier proceso de mejora y transformación social. Pero, tal como he apuntado, considero que hoy no es sólo la educación formal sino también la “no formal”, lugares a los que mirar. En tanto ésta última acontece cada vez más mediada por los imaginarios y las redes de comunicación, asentando un nuevo y fascinante poder en lo identitario (en lo cultural). Esta convivencia reclama a la educación pública hacerse cargo de aquellos conocimientos (críticos y creativos) que no podemos conseguir en las redes. Conocimientos para discernir entre la nueva censura que proporciona el exceso de información. Conocimientos que sólo las estrategias de la creatividad y el pensamiento crítico pueden proporcionarnos.

-Sobre gestión y herencia cultural. A mi modo de ver, los mecanismos a mejorar tendrían que ver con hacer pensativa y colectiva la gestión de la herencia simbólica (visible y por visibilizar) de una sociedad diversa en un contexto globalizado; y paralelamente, con la creación de condiciones de estímulo para los nuevos universos simbólicos que ayuden a conocer más y mejor nuestras historias y relatos. Se me hace esencial promover las condiciones educativas para la imaginación personal y colectiva (reforzando justo lo que sentimos estar perdiendo, pero que, bien mirado, tal vez nunca hemos sabido integrar: el papel de la educación creativa, artística y filosófica en las escuelas), para incentivar la creación y el disfrute de obra y experiencia cultural y artística como artefactos simbólicos y narrativas de mundos de vida pasados, actuales y “por venir”, que hagan a las personas más críticas y más libres en (o frente a) un marco neoliberal cada vez más intervencionista.

Precisamos crear artefactos INCLUSIVOS que nos permitan gestionar cultura desde componentes de archivo, conocimiento y reflexión identitaria; desde la visibilización de relatos construidos y pendientes de construir; actualizando la pregunta ¿quienes están contando la historia de nuestra cultura?, ¿quiénes la protagonizan?, ¿dónde está la historia de los que no salen en esas imágenes, en esos documentos...?, ¿dónde los “otros” excluidos del discurso hegemónico? En este sentido, pienso que las políticas culturales debieran evitar caer en la satisfacción rápida del mero entretenimiento y, por el contrario, ser alternativa a los mecanismos de opresión simbólica que hoy inundan los medios y la cultura visual instrumentalizados por el poder, neutralizando nuestra

capacidad de atención y creándonos nuevas dependencias. Son necesarias alternativas para el pensamiento libre, la recepción estética y la producción creativa que empoderen a los ciudadanos frente al capital y el poder de unos pocos.

-Sobre transformación de la industria cultural y nuevas alianzas. Los mecanismos necesario debieran ayudarnos a crear lazos por fin “desacomplejados” y productivos con las empresas, e industrias culturales, lazos ágiles con la investigación y la universidad, apostando por la creatividad y la innovación, favoreciendo desde ellos la ideación de imaginarios comprometidos con la diversidad y la igualdad. Haciendo conversar, por ejemplo, a artistas con empresas (introduciendo al *otro* allí donde se desea un cambio, una reimaginación política). No podemos obviar la oportunidad y potencia de las políticas culturales convertidas en posibilidad transformadora y generadora de alternativa para superar los graves problemas sociales y económicos que vivimos. En este sentido, las políticas culturales debieran valorar su importante papel en la generación de tejido productivo, promoviendo nuevas industrias, estableciendo alianzas sin complejos a la hora de producir artefactos e ideas; inventando, trasvasando contenidos, conversaciones y metodologías de los distintos ámbitos de la industria creativa; abriendo la posibilidad a la experimentación y a la investigación; valiéndose de un mundo que se nos presenta como cultura-red que en tanto distinto, hemos de comenzar a pensar de manera diferente.

-Responsabilidad y compromiso ético (pasar del poder –impuesto- a la autoridad –lograda-). Pienso que este sería un mecanismo fundamental y prioritario si acaso hemos aprendido la lección que exige la gestión de lo colectivo: un renovado **contexto de valores y ética** como exigencia de gestión cultural, sobre todo si hablamos de “gestión pública”. Es decir, pasar del poder y cargo –a veces impuesto a dedo- a la autoridad –lograda- y a los concursos públicos, para operar desde la responsabilidad y ejemplaridad en la participación y en el gasto público, tanto en los proyectos financiados como en los órganos y cargos de gestión cultural. La cultura en tanto bien público obliga a un código deontológico de BUENAS PRÁCTICAS “incondicional”, que apueste por la participación y las convocatorias abiertas y participativas que valoren el capital humano y rompan la endogamia. Urge devolver y afianzar la credibilidad en lo público y la confianza de los ciudadanos en la cultura como derecho y proyecto colectivo.

¿Es necesario un PACTO?

La herencia por sí sola perpetúa y estanca, la improvisación es parte del trabajo creativo pero no logra producir nada, sólo la planificación, desde el debate, estudio y la alianza nos permiten la transformación y creación de un tejido cultural productivo y emancipador. En este sentido, creo que un pacto es importante en tanto compromete la voluntad de intervención de los diferentes agentes culturales en la responsabilidad de generar condiciones de cambio, contagio, ilusión y mejora.

Pero que un pacto se apoye en la “voluntad” de quienes acuerdan no puede olvidar el valor de ser concebido como algo dinámico, poroso, capaz de transformarse y crecer, sin huir de las contradicciones, el conflicto y los cambios, evitando caer en dogmatismos y siendo **generadores de posibilidad no de univocidad**. Para ello creo que un pacto, no debiera sólo propiciar espacios de debate sino también de imaginación, juego, atrevimiento y creatividad. Y, por supuesto, para mantener pactos, hay que revivir la importancia de lo colectivo, de la lucha por lo común (*me importas, te importo*), me refiero a retomar el valor de la “alianza”.